

Manuel GARCÍA

X Vulgarización de la Caries Dental

I

Dentro de los modestos fines sociales a que en el mejoramiento del país se puede aspirar podrá deducirse o ésta es nuestra aspiración, que de los diversos asuntos capitales que existen por resolver, el de más acentuada necesidad y anterior a todos, es el que se refiere a la educación e instrucción del núcleo nacional.

Podrá ser indiscutible que paralelamente a éste, debe atenderse a otros muchos que de diversa índole afectan al porvenir patrio; pero no cabe duda que debe darse preferencia al problema citado, al cual debe dedicarse más tiempo, el mayor presupuesto y más concienzudo estudio para su orientación perfecta.

Dando, pues, por sentado que estamos en lo cierto al afirmar que una instrucción y educación biológicas llenarían nuestros deseos de tener un núcleo-nación sano físicamente, y, como consecuencia, moral e intelectualmente considerado, queda por analizar cuál debería ser de las diversas fases de la educación e instrucción física la que necesitaría, entre todas, las atenciones de preferencia.

De lo primordial de la cultura biológica creemos tolerable, hasta cierto punto, que el hombre no conozca el interés sanitario y la necesidad del cuidado de las

uñas, entre las cuales y las yemas de los dedos se guardan enemigos invisibles; y que no conozca la conveniencia de la higiene del cuero cabelludo, para evitar la calvicie, pero lo que debe ser considerado como principal, primordial e indispensable en todo ciudadano, es el conocimiento de todo cuanto le conduzca al logro de una nutrición integral; es decir, la ponderable y la imponderable, la de los alimentos (sólidos y líquidos) y la cósmica (sol y aire); puesto que en la mala nutrición radican las principales enfermedades. Efectivamente, dejando aparte las enfermedades debidas a traumatismos y accidentes, así como las originarias de malas herencias, muchas de ellas hijas de la ignorancia; todas las enfermedades dimanau de un vicio de nutrición; unas por defecto y otras por exceso: las unas llamadas de nutrición retardada y otras de nutrición acelerada.

Ahora bien; si la alimentación sólida y gaseosa son parte de la nutrición general, no puede haber ninguna duda en que se necesitará una integridad y buena coordinación de los distintos órganos que han de llevarlos a efecto.

Sabemos que asimilamos por el estómago, primero, y por el intestino; pero antes, una función mecánica y química, como prólogo, les antecede en la boca, para que esas asimilaciones puedan dar con toda su pureza fisiológica, útil rendimiento, y no sean origen de lentas y engañosas enfermedades. En consecuencia, si bien es necesario un buen estómago e intestino para realizar esas funciones finales, requiérese antes una buena integridad dentaria, que permita la función mecánica y la química, que es su consecuencia; la falta de esa integridad, en el sentido numérico, producirá casi siempre una alteración orgánica que modificará e invertirá la respiración normal.

En una palabra; pretendemos demostrar que la perfecta nutrición sólida y gaseosa es casi siempre dependiente de la cabal normalidad del sistema dentario, en lo que se refiere a su número y a su disposición.

Ha de ser, pues, de un alto interés, la contestación a la pregunta siguiente:

¿Cuáles son los dos estigmas muy generalizados que entorpecen, que dificultan funciones tan importantísimas como la masticación y la respiración, base de la completa nutrición?

Son dos, a cual más importantes por lo nefastos; uno es la *caries*; el otro, es la maloclusión (1).

La *caries dentaria*, es una enfermedad, la *maloclusión dentaria*, no es una enfermedad, es una anomalía. Un niño que presenta una caries de un diente, es ya un enfermo; el que presenta la desviación de un diente, es un caso de teratología; el primero, se *cura* con elementos terapéuticos; el segundo, se *corrige* con elementos mecánicos.

La caries, a cuyo estudio se han consagrado centenares de volúmenes para establecer su profilaxia, conocer su etiología y conseguir su tratamiento, se ha considerado de efectos tan devastadores, por su difusión y por sus consecuencias, que por ello se la coloca al lado de los llamados «azotes de la humanidad», de la tuberculosis, de la sífilis y del alcoholismo.

No nos oponemos a ello; es más, nos parece puesto en razón; pues si la tuberculosis es una de las resultantes de la mala nutrición, y la sífilis una traidora infección, y el alcoholismo, fatal vicio consuntivo extendido; la caries, y en particular en los niños, es una de las causas que conducen a la mala nutrición; y de tal modo se ceba en los adultos, pero más en particular en los niños, que las estadísticas escandinavas, alemanas, inglesas y francesas, denuncian un 80, 85, 90 y 98 % de atacados de caries dentaria en las escuelas públicas en donde aquéllas se llevaron a efecto.

(1) En Odontología se entiende por este duplevocablo, la anormal disposición, la viciosa colocación de los dientes, que imposibilitan o perturban el perfecto contacto o engranaje de los dientes superiores con los inferiores, según una ley anatómica.

Por investigaciones realizadas sobre la extensión de la caries dentaria en los países europeos, se ha comprobado que en los alumnos de las escuelas municipales existe un 5 % de dientes sanos, no siendo mejor la proporción en los alumnos de escuelas superiores. La proporción de dientes enfermos es de 25 a 32 %.

A consecuencia de la pérdida de los dientes de leche en mal estado, la segunda dentición parece mejor, lo que ha hecho suponer a ciertos médicos que la caries tiene tendencia a mejorar por sí sola; por otra parte, los médicos consideran como bueno un arco dentario en el que hayan ya cuatro o cinco dientes enfermos o que falten. En los jóvenes hacia los veinte años puede comprobarse la marcha progresiva de la enfermedad.

En todas partes sucede lo mismo; la mayoría de individuos tienen dientes insuficientes o imperfectos. Puede deducirse de ello que los cuidados dentarios están poco extendidos, pero que la caries dentaria lo está mucho.

No queremos decir que la caries, inmediatamente y por sí sola, mata; aunque, desde luego, por sus complicaciones y efectos puede matar y mata de vez en cuando; pero sí afirmamos que es una de las causas primarias de la depauperación y aniquilamiento del vigor de la raza.

¿Qué es, pues la caries? Es una enfermedad que ataca las distintas capas o tejidos duros de los dientes, destruyéndolos por completo o inutilizándolos para los fines que les son propios.

¿Qué es lo que la produce? Un ácido y un microbio asociados, comunes de la boca, lo que se llama la teoría *químico-parasitaria*. Esta dualidad que constituye la *causa determinante*, necesita hallar en los individuos ciertas condiciones orgánicas como *causa predisponente* para que surta sus efectos destructivos.

Para cumplir mejor los fines vulgarizadores de estas páginas, digamos que el diente como todo nuestro organismo, vive en un medio ambiente que, en general, podemos decir lo constituyen la temperatura normal

del individuo, la saliva, microbios (no hay ninguna boca sin éstos huéspedes) y sus funciones habituales.

Cualquiera de éstos factores que se altere, es decir, aumento o disminución de la temperatura, excesiva acidez de la saliva, virulencia exacerbada de los microbios o inactividad funcional, determinará que el diente se carie si a tal cambio se agregan otros factores, como son desequilibrios de los componentes del diente por herencias defectuosas o adquiridos por una defectuosa lactancia o enfermedades en la niñez.

De lo dicho en estas últimas líneas se desprende: primero, la necesidad de que la madre en el embarazo esté bajo la dirección de un médico que la proporcione los fosfatos necesarios para que los huesos y dientes del futuro vástago no carezcan de tan gran factor y vigorice su constitución; segundo, la conveniencia de una sabia y bien dirigida lactancia que evite la aparición del raquitismo; tercero, lo forzoso de una limpieza eficaz para restar elementos externos (ácidos y microbios) que causan la caries; y cuarto, que los dientes como todos los órganos, han de trabajar para no enfermar, o por lo menos, no debilitarse.

Sentado esto, vamos a hacer un pequeño esbozo del proceso de una caries; pero antes es necesario decir que no son los dientes, es decir, los órganos dentarios todos, unos *pedazos de hueso* clavados en los maxilares, como lo es un clavo en un madero, sin relación ninguna con el cuerpo y con los órganos vecinos; es conveniente recordar, puesto que ya se sabe, que esos, al parecer, insignificantes órganos, están alojados en la boca; pero es preciso decir e inculcar muy tenazmente en las inteligencias, que la boca es la región más séptica de la economía; que en ella apacentan y se multiplican millones de microbios; que de esos se han llegado hasta hoy día a aislar de 20 a 30 especies de bacterias productoras de otras tantas enfermedades, algunas tan terribles como la tuberculósis, la pueumonía infecciosa, el tifus, la osteomielitis de los maxilares, la gripe, la difteria, etc. etc.; microbios que, si bien comunmente permanecen de acción pasiva, se confabulan y asocian en

ciertas y en determinadas circunstancias para producir y ser causa de verdaderos cataclismos del organismo entero. Es preciso también decir algo de la vecindad anatómica de la boca y de los dientes: algunos de ellos comunican directamente con los senos maxilares, y éstos con la nariz, las órbitas, los senos frontales, etc.; la boca está en continuidad con las glándulas salivares, con la faringe, con la trompa de Eustaquio; y sostiene con la tráquea, con el esófago; con el estómago continuo y constante tráfico, así como también con otros muchos órganos no menos importantes; y, por fin, es preciso hacer entender que esos «pedazos de hueso» no son un todo homogéneos y un cuerpo duro e inorgánico, sino que en su interior hay una materia fundamental, sumamente rica en vasos y nervios, atentos los primeros a su nutrición y los segundos a su sensibilidad; y, por último, que no se hallan los dientes implantados en sus respectivos sitios de casualidad o misteriosamente, sino que han seguido en su crecimiento y desarrollo las mismas o parecidas leyes que todo los demás órganos de la economía, en cuya evolución, si fuera posible seguirles y observarles con la vista, constituirían, como todo lo de la Naturaleza, motivo de delectación sublime y maravillosa, aun para los menos aficionados a sorprender las leyes porque se rigen y el mecanismo que siguen las manifestaciones del Cosmos.

Ahora veamos como esa lesión orgánica, la caries de un diente levísima al principio, se convierte, cuando es abandonada por ignorancia e incuria, en origen de verdadero mal: un diente, como cualquier otro órgano, puede venir a la vida con una lesión o adquirirla; es frecuentísimo que en la superficie triturante no sea perfecta la continuidad de los prismas del esmalte o que en algunos puntos sea muy delgada y deleznable; los ácidos de la boca, que bañan constantemente todo cuanto en su interior se aloja, ejercen en ellos su influencia decalcificante, destruyendo su cohesión, y por pequeña que sea la brecha, ya hay *caries*. Vencida la muralla defensiva del diente, el esmalte, los ácidos y los microbios hallan la dentina o marfil, que es de condición más

vuñnerable; se agranda la cavidad, constituyendo un excelente receptáculo para los restos alimenticios y en la cual celebran espléndido festín los microbios, cuyas toxinas elaboradas son de un resultado deletéreo para la boca en general. Esta fase de la caries ya es menos leve que la anterior, y el dolor, el gran corrector de la Humanidad, da su primer aviso, que en ésta, como en otras muchas lesiones y enfermedades, no es atendido por el hombre, y la Naturaleza, que cuenta con infinitos recursos, suple con su diligencia la terca conducta de aquél. La pulpa, que es el órgano generador del diente, algunas veces, al notar la proximidad de algo a ella extraño, los ácidos y los microbios, hace un esfuerzo para defenderse y produce células dentinales en cantidad tan extraordinaria, que llega a ponerse a salvo de la invasión.

Si éste fenómeno no sucede, la caries va progresando en dirección centrípeta hasta el momento en que se presenta un nuevo aviso en forma de dolor vivo, lancinante, continuo e insoportable; es la legión microbiana que llegó al órgano central del diente: la pulpa. Hasta entonces, el lesionado no acude al especialista, si antes no ha meditado el consejo amigable recomendando *algo*; o con esa intuición médica que hay en cada paciente, no ha acudido a algo que «queme» como la creosota, la popular y preferida droga. La Naturaleza vuelve a velar allí donde la indiferencia predomina; una vez calmado el dolor, la pulpa se inflama, hace un desesperado esfuerzo para oponerse a la invasión y, aumentando de volumen, llena la cavidad en forma de tejido de granulación; si ésta reacción no tiene lugar, la pulpa se descompone y pasa a ser informe montón de sustancias descompuestas, de alimentos, ácidos, bacterias y toxinas, con puerta franca para entrar en el organismo. Desde entonces ya no se puede predecir cómo acabará aquél que ya es un verdadero enfermo; pues la gravedad de las ulteriores consecuencias dependerá de mil circunstancias, jugando en ellas, empero, siempre un gran papel la constitución del individuo.

La primera manifestación patológica que se presenta fuera del diente, después, y como resultado del abandono, es el vulgar flemón que en el 75 % de los casos termina favorablemente o queda como amortiguado, en estado latente; pero, hay individuos que, por muchas causas, en determinadas épocas, se encuentran en «estado de receptividad»; y si no hemos olvidado las comunicaciones directas e indirectas de la boca con órganos importantísimos; y si tampoco hemos olvidado que los dientes reciben vasos y linfáticos, prolongaciones como es natural, del tronco central, se comprenderá cómo la infección, después de atacar al diente, ataca el alveolo, después el cuerpo del maxilar y a todo el revestimiento mucoso; los microorganismos extienden su influencia a los órganos vecinos, como las glándulas salivales y los senos maxilares; penetran en las vías aéreas y en el aparato digestivo; a veces, la infección toma la vía linfática o la venenosa; si ataca el sistema nervioso, los ojos son los primeros que sufren las consecuencias; si elige el torrente circulatorio, ya por escasa resistencia individual, ya por excesiva virulencia, se puede contaminar todo el organismo y la pioemia acaba con la vida del enfermo.

Claro es que nunca se dice, ni los certificados médicos de defunción expresan, que el enfermo murió de la caries de los dientes, pues desde que aquélla se inició hasta ocurrir la catástrofe, el enfermo ha pasado por estados que han reclamado la intervención del médico general y del cirujano; pero estados graves hay que han tenido su origen en la boca y han sido iniciados por una lesión *insignificante* en un *depreciable* diente, demostrándonos a lo que conduce la ignorancia y el abandono.

MANUEL GARCIA.

(Concluirá).